
CONSTRUCCIÓN DE PODER DESDE ABAJO

CONCEPTOS CLAVES

Parte I

Autora: **Isabel Rauber**

“... la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas. No les llega como un conjunto de mandamientos dictados desde las alturas, sino por un proceso de su propia conciencia hacia la comprensión del mundo que han de transformar.”

John W. Cooke

INDICE

I. INTRODUCCIÓN: NACE UNA NUEVA ESTRATEGIA.....	1
II. CONCEPTOS CLAVES	3
A) <i>La construcción “Desde abajo,” precisiones imprescindibles.....</i>	3
a) Significación político-ideológica-práctica del concepto “desde abajo”	3
b) “Ir de lo pequeño a lo grande”	4
-Una acción pequeña que permita la mayor participación de la población.....	4
B) <i>Articulación y tendido de puentes.....</i>	6
Pasos importantes a considerar	6
a) Identificar los elementos aglutinantes.....	6
b) Identificar los nodos-medios para la construcción de redes	9
c) Identificar el problema-centro	9
C) <i>Construcción, proceso y transición.....</i>	12
D) <i>Democracia y lucha contra la enajenación.....</i>	16
III. HACIA UN NUEVO TIPO DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA (SOCIOPOLÍTICA).....	20
IV. INSTALAR OTRO IMAGINARIO SOCIAL	21
V. CONSTRUIR UNA NUEVA MÍSTICA	22

I. INTRODUCCIÓN: NACE UNA NUEVA ESTRATEGIA

LOS PRIMEROS PASOS

Mientras la irracionalidad neoliberal globalizada se pretendía incuestionable triunfadora postmoderna, el grito desgarrador de la vida aferrada a la esperanza, remando contra la corriente frente al “no se puede”, a los pregoneros del fin de la historia y del pensamiento único, comenzó a agrietar los cantos de sirena de ese triunfalismo inmediateista. Primero se expresó como resistencia y luego, además, como organización, como conciencia, y cada vez más, también como proyecto.

“La experiencia acumulada tanto en los sectores de poder, como en los sectores populares, el desenlace de las luchas que durante décadas han librado los diversos movimientos sociales populares, el cambio de correlación de fuerzas a nivel mundial, la globalización presente en todos los niveles de la vida social, y la consiguiente transformación neoliberal de nuestras sociedades bajo el signo de ‘democracia’ [aparentemente sin apellidos], obligan a los sectores populares, a sus organizaciones e intelectuales orgánicos, a un repensar estratégico, no solo acerca de los rumbos y las metas sino también acerca de los caminos a seguir y los medios a emplear para hacer posible una transformación social radical, para mantenerla y desarrollarla.

Y todo ello se inicia y concluye con un repensar el Poder, tarea en la que ocupa un papel importante, el replanteamiento de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política y de los múltiples nexos que existen o pueden existir entre ambas dimensiones.”¹

A fines de los 80, casi intuitivamente, a modo de balbuceos y entre hipótesis e intentos prácticos, iban conformándose a través de la autocrítica práctica, a la vez, los trazos iniciales de lo que serían las bases de una nueva concepción estratégica: *la construcción de poder desde abajo*.

Al principio, esta propuesta le pareció a muchos algo circunstancial, coyuntural, algo así como una respuesta defensiva de los movimientos sociales -sus creadores y promotores práctico-teóricos- que, ante la ausencia de una estrategia para la toma del poder, apelaban a orientar las resistencias del campo del pueblo hacia la transformación social sin tener muy claro cómo lo lograrían.

No dudo que esto haya sido así en alguna medida en los inicios, pero lo cierto es que aquellos intentos iniciales lejos de haber sido desmentidos o suplantados por los nuevos acontecimientos y las nuevas experiencias sociales y políticas de resistencia, lucha, organización y propuestas proyectivas –incluyo las variadas experiencias de los gobiernos locales de izquierda-, fueron avalados y desarrollados por éstos. Lejos de reemplazar estas propuestas, las fueron profundizando, desarrollando sus aristas y articulándolas en torno a

¹. Rauber, I., *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, Ediciones UMA, Buenos Aires, 1997 (segunda edición), pág. 82.

una cuestión fundamental: la cuestión del poder, ahora visto o considerado desde una nueva perspectiva.

En tal caso, “La expresión “construir Poder”, a diferencia de “tomar el Poder” indica claramente que se trata, como en toda construcción, de un proceso que va de lo más pequeño a lo más grande, de lo más simple a lo más complejo y desde abajo hacia arriba.”²

Nuevo posicionamiento respecto a la cuestión del poder

El punto de partida pasa por entender que el Poder radica en toda la sociedad, de la que el Estado es solo una parte. En Latinoamérica, en ciertos períodos, el Estado jugó papeles centrales y determinantes, ahora, en condiciones del neoliberalismo globalizado, actúa cada vez más como administrador al servicio de los capitales transnacionales (locales o foráneos). Como eje del poder, en todo caso, esta sería una de las aristas a considerar en la necesaria revalorización de su papel socioeconómico en la propuesta de transformación social popular alternativa. Esto habla también de la necesidad de atender a los diferentes modos de producción de la hegemonía dominante y de dominación y, a la vez, de construcción de contrahegemonía popular, lo cual, en no pocos casos, va aunado a la necesaria reconstrucción de un proyecto nacional, del rescate de las identidades proyectadas hacia el presente y futuro, acorde a los requerimientos que ello supone en la época actual.

¿Tomar el poder o construirlo desde abajo?

La pregunta en cuestión refleja, de modo antinómico, lo que ha devenido en dos concepciones estratégicas respecto al poder en todo proyecto de transformación de la realidad.

Otra forma (lógica) de abordar la cuestión sería la siguiente:

1. Tomar o construir el poder no necesariamente constituyen contrarios antinómicos puesto que en realidad el uno presupone al otro, solo que, en las prácticas concretas reales, en las metodologías empleadas por quienes asumen una perspectiva u otra, las diferencias se ahondaron y poco a poco se fueron tornando dos caminos diferentes y contrapuestos.

2. Aunque la propuesta de construir poder para transformarlo (quizá fuera más adecuado decir: la transformación-construcción y la construcción-transformación de poder), no niega la posibilidad de que haya que conjugar la construcción de poder desde abajo (y de los de abajo) con la toma del poder (por los de abajo) para consolidar las transformaciones, respecto a la anterior estrategia de toma del poder (vía directa), indica un cambio sustantivo: se trata de entender la conquista del poder como un proceso de de-construcción de la ideología y las culturas dominantes y de dominación, que es simultáneamente un proceso de construcción de nuevas formas de poder, de saberes, de capacidades organizativas en el campo popular encaminadas a la acumulación de un nuevo tipo de

². Rauber., I., *Op. Cit.*, p. 81.

poder, de desarrollo de las conciencias, de las culturas, y con múltiples formas encaminadas a la transformación global de la sociedad en cuestión. Ese proceso es,

“(…) como una pulseada en donde se va acumulando la mayor cantidad de fuerza, de un lado, contra los otros. El problema es que esa acumulación de poder reconoce varios aspectos y todos al mismo tiempo. Reconoce la necesidad de ir ganando espacios institucionales de representación democrática (...), y reconoce la capacidad de articular y organizar para presionar, por ejemplo, en defensa de la fuente de trabajo o en defensa del salario. Significa ver cómo se juntan todas las fuerzas que hagan posible que esto se rediscuta, hasta llegar a una organización de la propia clase trabajadora.”³

II. CONCEPTOS CLAVES

Durante años me he dedicado a rescatar y difundir experiencias de construcción de lo nuevo (organización, conciencia, poder, proyecto), por parte de los actores sociopolíticos latinoamericanos –movimientos barriales, campesinos, de mujeres (laicas y religiosas), movimiento sindical, movimiento religioso, movimientos indígenas, organizaciones políticas del continente-; hoy, sobre esa base, cuando la articulación de los actores-sujetos hacia su constitución en sujetos sociopolíticos del cambio, cuando la construcción de poder y la elaboración colectiva de proyectos ha avanzado de modo considerable poniendo sobre el tapete –por ausencia- la problemática de las conducciones políticas de los procesos de lucha, es imprescindible compartir reflexiones y apuntar algunas conclusiones referidas, en este caso, al ámbito más específico de los conceptos que ayudan a comprender y avanzar en la consecución de tales objetivos.; tienen por tanto, un sentido práctico-político inmediato.

A) LA CONSTRUCCIÓN “DESDE ABAJO,” PRECISIONES IMPRESCINDIBLES

La nueva proyección y apuesta estratégica reclama resignificar las concepciones existentes con nuevas miradas y, además, dar cabida a nuevas concepciones. En el tratamiento de conceptos y categorías esto obliga a apelar a una renovada dialéctica para abordar las relaciones entre ellos y con la teoría en su conjunto. Es necesario abordar los conceptos y categorías a partir de su dialéctica interna, enfocarlos en su contenido y alcances, en su significación propia. Me detendré ahora en la explicitación de dos conceptos medulares.

a) Significación político-ideológica-práctica del concepto “desde abajo”

Cuando se dice “desde abajo” tiende a pensarse formal y geoméricamente como lo que está ubicado más abajo respecto a una escala de problemas, fenómenos, clases o sectores sociales que estarían más “arriba”. Se emplea habitualmente como sinónimo de “desde las bases” (de quienes serían la vanguardia). Sin embargo, y sin excluir

³. De Gennaro, Víctor, Secretario General de la Central de Trabajadores Argentinos. Tomado de: *Profetas del Cambio*, Mepla, La Habana, 1997, pág., 177-178.

necesariamente los ámbitos anteriores, el concepto “desde abajo” se refiere –y condensa- a lo que nace y hace al fundamento de lo existente que se quiere transformar o sobre lo que se quiere influir. Simultáneamente –en esta actividad cuestionadora-transformadora-, es fundante (y moldeadora) de lo nuevo que se busca construir y se construye día a día. Y esto no tiene que ver con la ubicación (geométrico-geográfica) del problema, ni de los actores, ni de las propuestas, ni de las esferas en las que se actúa.

es lo fundamental?, ¿un hecho de gran impacto realizado por muy poca gente, o pequeñas actividades donde participe mucha gente, tanta como la mayoría posible en ese momento?

Las respuestas a estas interrogantes representan dos formas de construir que no necesariamente se excluyen; pueden y deberían combinarse, articularse –me refiero a las formas, no a los hechos en concreto-, pero sabiendo que, entre las dos, la predominante, la constante, deberá ser la segunda, es decir, hacer (muchas veces, tantas como sea posible) pequeñas cosas (demostraciones, declaraciones, manifestaciones, acciones), con la participación de la mayoría de la población posible de ser movilizada en cada momento.

Un ejemplo: el “apagón” antineoliberal realizado en Argentina, en épocas del segundo gobierno menemista, cuando era difícil que la población se manifestara masiva, abierta y simultáneamente en todo el país. La propuesta fue entonces la de *apagar la luz* de las viviendas, de las tiendas, de los bares, etc., durante 15 minutos, un día a una determinada hora. Para ello el Frepaso –que en aquel entonces todavía se presentaba como oposición- trabajó durante meses repitiendo: “Apague la luz, apague la luz...”. El día señalado, el apagón se efectuó masivamente en todo el país.

“(...) la conciencia y la dimensión nacional de esos 15 minutos fueron tremendas. Y como la gente no se conformaba con apagar la luz, salió a la calle y se saludó con el vecino, en los edificios se gritaban a través de los balcones: “Ché, apagá la luz...” Por eso digo: el método, el cómo, se mide por lo instrumental. Porque puede parecer más importante cortar una ruta que apagar la luz, pero sin embargo, en la dimensión política del protagonismo de todos, fue mucho más importante apagar la luz que un corte de ruta de pocas personas.”⁴

Resulta fundamental dejar de pensar en minoría y como minoría, para entender la realidad social -su dinámica y transformaciones posible-, desde las mayorías, con las mayorías, como mayoría y para las mayorías.

El ejemplo mencionado –sin entrar en juicios acerca de los convocantes-, permite ver como ese mínimo hecho (mínimo a nivel individual), deja un saldo positivo en la población, una conciencia de participación en el proceso de oposición, porque todos los que hicieron posible el “apagón” sabían que estaban apagando la luz contra el modelo socioeconómico defendido e implementado por el gobierno de turno. Aquella fue una forma de participación política de un alcance mayor que otras posibles acciones que podrían realizar grupos de personas, incluso en el caso de que alcanzaran gran repercusión e impacto en los medios de comunicación masiva. Porque **no es lo mismo ser espectador de los hechos que ser protagonista**, y de lo que se trata es de que el pueblo, en sus diversos sectores, sea protagonista. Porque el proceso de lucha es, a la vez, un proceso de formación de conciencia, de constitución de actores-sujetos, de construcción, acumulación y consolidación de organización, de poder. De ahí, de buscar y construir caminos y formas

⁴. De Gennaro, V., Tomado de: *Tiempo de herejías*, Op. Cit., p. 102 (En la edición argentina, p. 199).

que permitan, promuevan y desarrollen este protagonismo hay que partir siempre. Esto resulta un principio metodológico muy importante a tener en cuenta en estas nuevas formas de construcción política de organizaciones y propuestas, entendiendo que éstas suponen también el crecimiento de las conciencias, es decir el crecimiento, desarrollo y participación de los actores mismos constituyéndose en sujetos de su quehacer presente y futuro.

B) ARTICULACIÓN Y TENDIDO DE PUENTES

Pensar desde (y con) la articulación es una forma de entender la realidad y, a la vez, un método para intervenir en ella, para transformarla y construir en todos los terrenos, dentro y fuera de la organización reivindicativo-social o aquellas estrictamente políticas. Tiene un sentido y una importancia estratégica dada su capacidad de recomposición del todo social hoy virtualmente desaparecido tras su atomización y fracturación profundas.

El concepto de **articulación**, es clave, junto al de **construcción** y **proceso**, al de **pluralismo**, al de **propuestas abiertas**, es decir, en construcción y desarrollo permanente, acorde tanto al desarrollo de los sujetos involucrados en el proceso como de las condiciones histórico-sociales del país, la región y el mundo en cada momento.

Pasos importantes a considerar

a) Identificar los elementos aglutinantes

Resulta muy importante identificar cuáles son los nexos o elementos aglutinantes de los sectores o actores sociales que deseen articularse, los factores de coagulación entre ellos, en cada momento. Estos elementos pueden ser más propios de la “alta” política o de los sectores más básicos de la sociedad, y hay que conocer y definir de qué manera están presentes entre aquellos sectores o actores sociales, y también en otros sectores o actores: como déficit, como necesidad, o como problemática.

La propuesta de construcción desde abajo se conjuga genealógicamente con la de ir de lo pequeño a lo grande. ¿Cómo movilizar a las mayorías en una situación de correlación de fuerzas desfavorable al campo popular, sin contar con la capacidad organizativa para llegar a todo el país?, esa suele ser una interrogante recurrente. En tal caso resulta conveniente, entre otras cosas, buscar variados canales orgánicos e inorgánicos para llegar a los diversos sectores sociales potencialmente interesados en una acción masiva, en pensarla y protagonizarla; hablar con ellos, investigar posibilidades diversas y, sobre todo, pensar con una mentalidad dialéctica que para hacer lo grande piense en lo chiquito, en lo más chiquito factible -en esa situación y con los actores protagonistas de ese momento-, de convertirse en lo más amplio, en lo más grande, en lo de mayor alcance e impacto sociopolítico; identificar el punto aglutinador de las partes en un todo, de modo que este sea, a la vez, un movilizador de ese todo aglutinado en ese momento.

En este caso lo más difícil resulta identificar quiénes son los protagonistas, cuál es el punto, y cuál es el momento para apretarlo, digamos; son elementos centrales a tener en cuenta. Ese es el arte de la política: saber *cuándo, cómo, quiénes, hacia dónde...*

-Conjugar los por qué y los para qué

En este sentido resulta importante comprender (y articular) no solo *porqué* se emprende determinada acción, sino también *para qué* (no solo ser oposición, sino también tener posición, construir, acumular, protagonizar).

Lo definitorio, lo que define el modo y tipifica a la articulación concreta entre el cómo (o los *cómos*) y el para qué (o los *para qué*) es la participación de la población. Y esto es válido para el tema de los métodos de lucha como para todos los otros temas o aspectos de la construcción política. En la unión de los *cómos* –que están definidos por la participación- con los objetivos –que constituyen o hacen a los *para qué*-, es importante que no existan antagonismos, cuestión que se expresa generalmente en los resultados (no pocas veces contrarios a las intenciones originales, o contraproducentes para el movimiento y los objetivos últimos; de ello hay sobrados ejemplos en los años 70 de nuestra historia reciente).

-Participar como protagonistas

Si se articula el *cómo* teniendo como un elemento determinante la participación, con la formación –es decir, con que el proceso posibilite que la gente, los participantes en el mismo aprendan a ser protagonistas (lo cual se logra protagonizando)-, con que los sectores participantes sepan –hayan analizado y decidido conscientemente- *para qué y por qué* lo hacen, la resultante significará o implicará un salto y un saldo positivo en la conciencia de todos los sectores protagonistas de la acción o el hecho, quienes se sentirán parte de los resultados, los vivirán como propios a la vez que como colectivos. En este sentido, la participación creciente de los actores socio-políticos como protagonistas durante todo el proceso de transformación-construcción, resulta un componente metodológico vital de la construcción de poder desde abajo.

Un ejemplo paradigmático de esto fue la lucha por la Educación en Argentina, cuando el sindicato de docentes [CTERA] identifica y hace explícito a la opinión pública del país, que su problema reivindicativo sectorial es parte de un problema más amplio y profundo: el de la educación pública; quedó al descubierto entonces que el ataque al nivel de vida de los maestros era parte de uno mayor, a la educación del país y para el país. Esto permitió poner en evidencia que tras la llamada modernización de la educación se escondía un plan de privatización de la enseñanza y destrucción del sistema nacional de educación y de la educación misma como un derecho ciudadano. ¿Por qué? Porque en la sociedad del modelo neoliberal los derechos ciudadanos no existen como tales, solo existen (se cumplen) aquellos que cada quien es capaz de comprar en el mercado como cualquier otra mercancía.

Otro ejemplo de articulación social es el de los trabajadores del Sindicato Luz y Fuerza Mar del Plata. En el marco de las luchas contra la privatización de la empresa de electricidad, el gremio de Luz y Fuerza realizó una fuerte campaña en toda la comunidad instalando en el imaginario colectivo que esa enajenación traería como consecuencia despidos de trabajadores, aumentos de tarifas y cortes de luz por la falta de inversión.

Instalado en el espacio público a través de Carpas, volanteadas, movilizaciones y acciones de protesta surgió, desde el Sindicato, la Oficina de Atención al Usuario. Esta Oficina, cumple el papel que abandonó el Estado: apoyar y asesorar a los vecinos sobre sus derechos, frente a las empresas. Desde ese lugar se impidieron cortes de servicio arbitrarios, quita de medidores, etcétera.

Para recuperar las tarifas más económicas que el Estado otorgaba a los sectores carenciados, el Sindicato comenzó la “Campaña por la Tarifa Social”. Creó una multisectorial articulada con la Central de Trabajadores Argentinos, los universitarios, las sociedades de fomento, centros vecinales, pequeñas y medianas empresas (también perjudicadas por los abusos empresariales) y movimientos de desocupados. Movilizaciones y tomas simbólicas de sedes de la empresa fueron prolegómenos del acuerdo tripartito logrado a fines de 1999 entre el sindicato, la empresa y los usuarios perjudicados.

En primera instancia se lograron recuperar las conexiones de luz cortadas por la empresa y se comenzó a gestionar un acuerdo con el gobierno provincial para establecer una Tarifa Social destinada a los más humildes y reducir el costo eléctrico para todos los usuarios. Esta negociación entre las distintas instancias busca que la empresa recorte algo de sus ganancias, y que el Estado aporte mediante una quita de impuestos que -incluidos en la factura de consumo de electricidad- encarecen el pago de los usuarios. Sobre esto, y refiriéndose a la necesidad actual de la construcción de formas y espacios de articulación social, señaló José Rigane, Secretario General del Sindicato Luz y Fuerza Mar del Plata:

“Así como en la década del 70 era posible que una organización sindical pudiera pelear de igual a igual con una patronal como lucha sectorial por sus reivindicaciones, hoy no tiene ninguna posibilidad de poder llevarlas adelante si no se convierten en una necesidad del conjunto de la comunidad. Hablar de la tarifa social, por dar un ejemplo, toma validez cuando excede la reivindicación de los trabajadores de la energía y pasa a ser también el objetivo de las sociedades de fomento, del club del barrio, las instituciones sociales, etc. Es decir que hay que articular y llevar adelante las reivindicaciones como comunes al conjunto de la sociedad, donde obviamente enfrentamos a un enemigo común.

(...) nosotros no podemos, a pesar de la importancia que tiene, quedarnos simplemente como organizaciones sindicales en la defensa pura y exclusiva de lo sindical, del derecho convencional, del salario o de mejores condiciones laborales, es imprescindible que esta

acción esté inmersa dentro de un movimiento social que tenga un contenido político con mayúscula.”⁵

b) Identificar los nodos-medios para la construcción de redes

Esclarecer los problemas comunes a varios sectores es lo que yo llamo identificar los nodos-medios de la articulación, básicos para ir conformando redes. Y esta labor comienza (o debería comenzar) en el interior de un mismo sector para desde allí proyectarse hacia los demás sectores; es un proceso múltiple y simultáneo, complejo y diverso, estable e inestable de construcción y deconstrucción permanente de redes sociales que va logrando algunos nodos de articulación sobre los que se apoya, se consolida y se proyecta.

Como propuesta metodológica vale decir que la primera articulación hay que lograrla dentro del propio sector, también fragmentado y atomizado. Porque la atomización social es tan grande que trasciende todas las fronteras y penetra no solo en el interior de la clase obrera, sino también en el del individuo mismo, quebrándolo en algo fundamental: imponiéndole una forma de ser divorciada o incluso opuesta respecto a su forma de pensar, con la finalidad de eliminar esta última y transformar al ser humano en un animal de consumo marcado por el mercado y enemigo de todos aquellos capaces de disputarle su capacidad de consumo. La insolidaridad es la base de este ser mercantil, explotado y potenciado por el neoliberalismo, mientras su pensar esencial es el ser solidario, como ser social que es todo ser humano. Si se toma como caso al movimiento obrero, hoy fragmentado y desmembrado en varios tipos de contrataciones y subcontrataciones, en trabajadores con empleo y desempleados, resulta claro que primero hay que articular dentro de lo sindical para luego estar en condiciones (ser capaces) de elaborar una propuesta de articulación mayor. Y lo mismo ocurre con los sectores campesinos, con los jóvenes, con las mujeres...

Desde abajo, desde los cimientos mismos, la articulación más elemental es ya, en sí misma, una red, y se encuentra en el proceso articulador con otra red y así va formando los nodos-medios en torno a determinados nodos-base. Es muy importante identificar en todos los casos, en cada momento, cuáles son esos nodos. Y esta es una labor, una tarea, con un perfil y una proyección eminentemente políticas.

c) Identificar el problema-centro

En este plano del análisis se trata de localizar cuál es el problema medular de los ciudadanos y las ciudadanas de un país, cuál es el que “atraviesa” a todos. Es conveniente atender siempre a las situaciones en cada momento, a los posibles cambios de coyuntura, porque el centro del conflicto no necesariamente se mantiene en un mismo sector o ámbito; el problema-centro puede variar como tal problema, o puede cambiar el sector social que lo

⁵. Tomado de: “Rigane, a fondo”, entrevista a José Rigane, Revista *Nos/otros*, ATE, Buenos Aires, 2000.

vivencia como eje en determinado momento, o ambas cosas, o se le pueden sumar dos o tres problemas; se puede comenzar por uno e ir articulando otros.

El problema-centro generalmente constituye un problema nacional, y puede ser también regional o continental. Sobre la base de su identificación es posible articular a diversos actores sociales con mayor claridad y estabilidad, pero para ello hay que saber qué relación guarda con la problemática de cada uno de los distintos sectores, cómo el problema de los campesinos tiene que ver con el de los obreros, y el de éstos y aquellos con el de los estudiantes, y con el del funcionamiento de los hospitales y con sus trabajadores, y viceversa. Sobre esa base es posible ir avanzando en articulación. Ahora bien, el problema-centro que existe en México, por ejemplo, en un momento dado, no es el mismo que el que existe en Brasil, y aunque conceptualmente coinciden, no ocurre así en los modos en que se expresa, se hace presente, y conecta o separa a los diferentes actores entre sí. Esto hay que identificarlo en cada caso porque problemas hay muchos, pero los sectores sociales se pueden organizar alrededor de uno u otro que en determinado momento actúe como nucleante del todo. Como ocurre, por ejemplo, en Argentina, con el problema del empleo, del trabajo. Y en Colombia, con el de la paz. Esto quiere decir que el esfuerzo principal de la construcción pasa ahora por ahí, por la paz, o por el trabajo. Y esto es válido también para relacionar a los partidos políticos con las organizaciones reivindicativas.

Se puede construir atendiendo y articulando en torno a la solución a un problema-centro o a varios. Eso también es importante identificar en cada momento. Pretender establecer *a priori* cuál debe ser la problemática central en vez de extraerla de la vida real, es fuente segura de error. No basta proponerse articular para lograrlo, es necesario partir de la realidad, de la identificación de los elementos aglutinantes, de los nodos-medios y de los problemas-centro, para identificar también a los actores sociales principales de la articulación en cada momento. En la Nicaragua sandinista, cuando las últimas elecciones con el FSLN en el poder, los sandinistas subestimaron –no es necesario analizar aquí las causas de esto–, el clamor popular por la paz, sobre todo el proveniente de las madres. Y esto lo aprovechó inteligentemente la UNO para hacer de la paz el centro de su campaña.

Esto es muy concreto. No se construye conciencia y organización sobre teoría sino sobre lo concreto, en cada momento.

Anteriormente, la suposición de que los problemas de un país se resolvían solo con la toma del poder, cuando hablar de política significaba ver cómo concretar la toma del poder, este tipo de labor se creía innecesaria, incluso el pensarlas era casi un sinsentido. Hoy está claro que hablar de política es, en primer lugar, hablar de lo que ocurre en el país, en todas las instancias y sectores. Sobre esta base, identificando los nodos base o los nodos medios, se abren posibilidades claves de articulación y confluencia con otros sectores. Alimentados por una política plural, no vanguardista, se tiende a crecer en construcción, en articulación, en conciencia y organización. Aunque esta es una tendencia casi natural de todo movimiento de articulación y convergencias de este tipo, no es este un proceso que se

produzca espontáneamente; hay que construir las articulaciones desde abajo hasta arriba, paso a paso y una y otra vez.

-Partir de la cotidianidad de la población [introducirse en, transformar desde]

A la hora de buscar definiciones acerca de la identificación del “punto” aglutinante, los “nodos medios”, o el “problema centro”, es importante contemplar que el acto, manifestación o suceso de que se trate esté vinculado a la cotidianidad de los sectores sociales o población participante (arranque de sus raíces y las remueva). Así ocurrió con el llamado a apagar la luz, acción muy vinculada a la cotidianidad de la población toda.

Teniendo en cuenta que en la producción y reproducción de la vida cotidiana se producen y reproducen también los valores individuales, familiares y sociales de convivencia (éticos, morales, culturales, políticos, etc.), y que el mundo de lo cotidiano resulta el espacio por excelencia para la internalización de la ideología de dominación, puede entenderse que lo cotidiano y la cotidianidad se han tornado en un espacio y un ámbito eminentemente políticos. Como ejemplo, basta tomar el caso de las relaciones de género. ¿En que espacio se produce y reproduce la básica relación de discriminación y asimetría?, pues en el ámbito doméstico, en la vida familiar cotidiana. Y es de su democratización de donde saldrán las raíces para una democratización mayor del todo social. Mientras que no se lleve hasta allí, mientras que no se produzca (genere) allí, el espacio más pequeño pero más universal, cuna de todas las asimetrías sociales, empezando por la asimetría de género, no habrá verdadera y radical democracia y justicia social.

Quiero remarcar que no es porque no existen otros espacios que uno dirige sus miradas hacia la cotidianidad; no es una “desgracia necesaria”, una especie de entretenimiento hasta tanto se pueda hacer otro tipo de actividad (lucha directa, por ejemplo). Es una forma fundamental y primaria, no porque esté en un escalón inferior, sino porque lo impregna todo, en primer lugar aquellos espacios que se proponen hacer política a partir de lo reivindicativo y desde las organizaciones reivindicativas.

La construcción de poder social está anudada al espacio, a las posibilidades y dimensiones de incidencia y construcción que se encuentran en la sociedad resultante de la aplicación del modelo neoliberal, a partir de la cual se irán abriendo otros espacios mediante la interpelación de la actividad de los múltiples actores sociales en un proceso que ha de tornarse colectivo y simultáneo en diversos ámbitos.

-Tomar en consideración los símbolos creados y empleados por la población

Cada día resulta más importante tener en cuenta también cuáles símbolos se emplean como mecanismo de protesta o en la protesta, cuáles son los que construyen y consolidan identidades. Y antes de ceder a la tentación de inventarlos individualmente, es recomendable atender, en primer lugar, a los que ya son parte de la cultura de la población, de los sectores participantes, y en segundo, a los que es posible crear o construir acorde con

las posibilidades que hoy abre este nuevo tiempo y con la nueva dimensión social y política de los problemas (viejos o nuevos).

C) CONSTRUCCIÓN, PROCESO Y TRANSICIÓN

¿Acto o proceso? Esta interrogante encierra dos conceptos que sintetizan dos miradas y concepciones estratégicas acerca de la transformación de la sociedad (y de los hombres y mujeres que la conforman), y las mentalidades que se corresponden con éstas.

En la opción de construcción de poder desde abajo, que es la que nos ocupa, la noción de proceso tiene un peso fundamental. Es la base –junto a otras- sobre la que ha de erigirse los nuevos pensamientos y las nuevas prácticas; es parte del núcleo de la nueva concepción y supone (a la vez que forma) un punto de vista diferente, una mentalidad de nuevo tipo. Todo lo que existe cambia y esos cambios, incluso los más radicales, llevan –junto con lo nuevo-, el sello de lo anterior, de donde provienen; lo nuevo crece dentro de lo viejo. En el caso de nuestros países latinoamericanos, en las condiciones de una dependencia deformadamente agrandada globalización neoliberal mediante, la noción de proceso como medida de la construcción estratégica alternativa se anuda directamente a la revalorización del concepto de transición. Y de la transición misma, de sus raíces y sus alcances.

Estamos acostumbrados a pensar la transición como un período a partir del momento inmediato posterior a la toma del poder, como la primera fase hacia la transformación socialista. La noción de construcción del poder desde abajo, que se basa, entre otras cosas, en la coherencia entre medios y fines, en la auto-construcción de sujetos, de organización, de proyecto, y de poder, reclama pensar la transición como parte de todo el proceso de transformación del capitalismo; no se inicia con el momento de ruptura, sino que viene gestándose a lo largo de todo el proceso. En este sentido, puede decirse que la transición es el proceso mismo; nace ya en las entrañas mismas del capitalismo. De ahí el contenido y alcance revolucionario de esta concepción: no hay después en cuanto a tareas, enfoques y actitudes se refiere; desde el momento mismo en que se inicia el proceso de transformación y a lo largo de todo el proceso, se va gestando y construyendo lo nuevo. Esto reclama también un profundo cambio ético-cultural a la vez que lo promueve y se asienta en él, avanza sobre sus avances y con ellos; y esto requiere de la participación consciente y de la voluntad de todos los actores sociales que hacen al proceso mismo; no se produce mágica, espontánea ni mecánicamente.

La participación y la conciencia de los pueblos no pueden conformarse instantáneamente ni por decreto⁶. Resulta imposible –si se tienen pretensiones de éxito-

⁶. Ya no puede pensarse (o esperarse) que la gente va a “obedecer” un llamado realizado por alguna supuesta vanguardia [autoproclamada], porque hoy la gente se moviliza cuando entiende que va a protagonizar un proceso para transformar sus condiciones de vida, cuando entiende y visualiza que ese su accionar no caerá en saco roto ni será manipulado por intereses de terceros, cuando tiene claro que será

decretar unilateralmente una acción colectiva, más aún cuando esta aspira a involucrar a sectores sociales diversos, con identidades e intereses variados; es imposible decretar transformaciones o inyectar saltos de conciencia. Hay que construir el actor colectivo –y su conciencia, organización y propuestas-, en cada momento (al menos en las fases iniciales del proceso de transformación, cuando no existe aún un actor colectivo configurado, articulado y organizado de forma estable), y esto lleva tiempo, poco o mucho, eso es muy relativo en política, lo importante es entender que el acto o suceso colectivo social reclama un proceso de construcción, de articulación, de creación del actor colectivo capaz de pensar y realizar esa acción, o suceso, o manifestación, o fenómeno político-social.

Hemos aprendido que nada cambiará al final del camino si no cambia desde ahora; que no hay final distinto del inicio, sobre todo en cuanto a métodos y vías se refiere; que no hay ser humano nuevo y nueva cultura si no hay acumulación de nuevas prácticas democráticas, participativas, de nuevas conductas éticas acuñadas y asimiladas en las prácticas continuas y constantes durante años. Como dice Víctor De Gennaro: “La sociedad hacia donde vamos, tenemos que empezar a consolidarla desde ahora.”⁷

Se trata, por tanto, de una larga transición. Para entenderla, asimilarla y practicarla es fundamental remover el pensamiento inmediatista, cortoplacista y fragmentario, que entiende y proyecta rupturas absolutas; solo sobre esta base podrá entenderse qué es lo que se quiere decir cuando se habla de construcción de poder desde abajo, su significación y alcances reales.

El todo es parte del camino, se va conformando, afirmando y proyectando en él en cada momento. En este sentido, puede decirse que el proceso será más avanzado o no después del momento de ruptura y constitución de un nuevo poder popular, según como se haya recorrido el trayecto previo anterior.

¿Es posible saltar etapas para lograr los objetivos? Creo que sí, que la vida social también nos ofrece esa especie de huecos negros que dicen existen en las galaxias, pero las experiencias acumuladas enseñan que cuando se saltan etapas, después del salto, hay que transitar las fases saltadas, siempre en una nueva dimensión, claro está, pues ya habrán

realmente parte de un proceso de resistencia, de lucha, de cambio. En este sentido, la “misión” de aquellos que se sienten vanguardia, no será ya la de ordenar o decretar una acción determinada, sino, en todo caso, la de ser capaces de despertar y convocar la participación creadora de las mayorías, promoverla y desarrollarla. Hoy el protagonismo no puede ser de pequeños grupos, para que sea protagonismo debe ser de mayorías, de pueblo; y eso hay que construirlo.

Por eso, en tiempos que reclaman protagonismos de mayorías, la vanguardia como tal es un sin sentido; hoy es necesario construir direcciones reales, capaces sí de orientar, organizar y construir también canales de organización, conducción y liderazgo de ese [pro]sujeto colectivo. Este nuevo tipo de dirección político-social no se define por protagonizar la política, la conciencia, el saber, la verdad, y el proceso todo en exclusividad (y exclusión), sino por construir el protagonismo colectivo, organizando y pensando también colectiva y horizontalmente y conduciendo el proceso hacia metas trascendentes.

⁷. Del libro, *Tiempo de herejías*, Op. Cit., pág. 35.

variado las condiciones, la situación, etcétera. Está claro que si ese camino no se recorre antes, debe recorrerse después o no es posible consolidar y avanzar en el proceso de transformación.

Es importante tener esto en cuenta, sobre todo en la época actual, cuando no puede pensarse la transformación social popular alternativa descansando en que la existencia del campo socialista permitirá “saltar” directamente al socialismo, como ocurrió en el siglo XX incluso en sociedades que se encontraban en período colonial. Eso fue posible, fue una realidad, pero ni social ni culturalmente esas experiencias han podido violar el tener que realizar determinadas transiciones. Es posible saltar etapas, insisto; las ideas de transición y proceso que expongo no son un manto para defender la gradualidad o evolución, pero está claro, repito, que si se saltan etapas, luego –en algún momento del nuevo período-, hay que transitar por ellas y entre sus tareas estará también construir el poder abajo.

En este sentido, pueden asumirse y sumarse a esta propuesta los planteamientos de Samir Amín, cuando afirma que

“(…) debe relativizarse la teoría según la cual el socialismo no puede desarrollarse en el seno del capitalismo, como éste lo había hecho en el seno del feudalismo. // En consecuencia, de la misma manera en que los tres siglos de mercantilismo (1500-1800) representan una larga transición del feudalismo al capitalismo, durante la cual los dos sistemas coexisten conflictivamente, nosotros podríamos tener que ver con una larga transición del capitalismo mundial al socialismo mundial, durante la cual las dos lógicas –la que rige la acumulación de capital y la que procede de necesidades sociales incompatibles con ella- coexistieran en forma conflictiva.”⁸

Y muy importante es recordar el presupuesto teórico en el que Samir apoya estas reflexiones:

“El análisis del capitalismo realmente existente que propongo (...). Pone (...) el acento en el conflicto entre lógicas –capitalista y anticapitalista- que operan efectivamente en el seno mismo del mundo capitalista realmente existente (...).”⁹

Contrastando con esto, según señala Samir, la anterior teoría general de la transición del capitalismo al socialismo que se desprendió de la experiencia histórica del siglo XX descansaba en dos pilares fundamentales:

“1] La visión de un contraste tajante entre las sociedades capitalistas y las sociedades socialistas, y de paso, el rechazo absoluto y total de la idea de que los elementos de la nueva sociedad podían desarrollarse en el seno mismo de la sociedad capitalista.

⁸. Amín, S., *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI, México, 1997, pág. 290.

⁹. Idem, *Op. Cit.*, pág. 291.

2] La concepción subsiguiente de que la transición al socialismo a escala mundial tomaría la forma de un conflicto entre el campo de los países socialistas y el de los países que seguían siendo, por un tiempo, capitalistas, en la medida en que este conflicto se habría inscrito en el marco de la coexistencia-competencia pacífica.

El hundimiento de los sistemas soviéticos, por un lado, y el abandono del proyecto maoísta de construcción socialista en China y su reemplazo por un proyecto de desarrollo capitalista nacional, por el otro, interpelan los dogmas del marxismo-leninismo sobre la transición y el carácter supuestamente irreversible de la construcción socialista.”¹⁰

Construir poder desde abajo no es algo formal, es decir, no indica solo un cambio en las formas de la acción política; es, sobre todo, un cambio en el contenido de la política, lo político y el poder. No se trata solo de ir a los barrios y hacer educación popular, no se trata solo de implementar procesos participativos en la base; hay que hacer esto y más, sobre todo porque aquí radica el corazón mismo de la nueva democracia. Se trata de algo más profundo, más integral, radicalmente articulado a un proceso de **apropiación del proceso de transformación por parte de cada uno de los actores sujetos que lo protagoniza** (como grupo y a nivel individual), a la vez que articulador-conformador del mismo. Por eso, más que un sentido coyuntural -que lo tiene-, alcanza una significación profundamente estratégica; **es la semilla de la nueva estrategia** en gestación, del nuevo protagonismo conciente, crecientemente participativo, creador, constructor y responsable de los actores-sujetos.

Un enfoque actualizado y renovado acerca de los sujetos

Esta nueva concepción acerca del poder --el que hay que transformar-sustituir-destruir y el que, a la vez, hay que construir-instalar-desarrollar--, supone una transformación radical de la forma y los modos de pensar la transformación y, por tanto, los sujetos de la misma y sus motivaciones, intereses y objetivos. Con nociones tales como proceso -idea clave de la opción de construcción de poder-, hegemonía, democracia, participación, surgía con fuerza, la noción de que era imprescindible que los sujetos – reconceptualización mediante de los mismos- debían ser todos aquellos protagonistas de los cambios.

Hoy resulta imposible restringir esta condición de sujeto a la clase obrera, más aún teniendo en cuenta las transformaciones estructurales ocurridas en el modo de producción capitalista actual. Fragmentando la sociedad hasta hacerla prácticamente desaparecer como tal sociedad en la sectorialización, excluyendo de modo creciente a diversos sectores sociales del modo de producción y reproducción de la vida social, las alternativas de transformación reclaman abrir canales a la participación directa de los diversos actores sociales interesados en transformar su realidad. Es importante promover sobre todo aquellos canales que faciliten o promuevan su participación cada vez más creciente en la

¹⁰. Idem, *Op. Cit.*, pág. 263-264. (Subrayados míos).

toma de decisiones, en el diseño del curso y los objetivos coyunturales y estratégicos de su accionar, en la definición y construcción del proyecto en el día a día, a partir de la realidad cotidiana y concreta de cada cuál. Y todo ello reclama también de un proceso previo y simultáneo permanente de concientización de la necesidad de pensar los cambios desde esta perspectiva, lo que supone interiorizar que la transformación empieza por uno mismo, desde el interior de cada uno.

La transformación radical en torno a la cuestión del poder exige la remoción de viejas concepciones en torno a los sujetos y el proyecto, a la vez que reclama la reformulación de los mismos, el reconocimiento de las sociedades actuales y los actores sociales que en ella se conforman, replanteándose su articulación sobre la base de nuevas prácticas colectivas, partiendo de recuperar y reflexionar críticamente las experiencias y los saberes acumulados (y por acumular) durante el proceso. Es decir, es y será también obra de los actores-sujetos mismos.

D) DEMOCRACIA Y LUCHA CONTRA LA ENAJENACIÓN

Lo dicho supone, a su vez, retomar como centro, el postulado e intención inicial y fundante del marxismo que es la lucha contra la enajenación de los seres humanos, incluyendo en primer (y último) lugar su participación en la elaboración-definición del nuevo proyecto. A su vez, todo esto conforma en sí mismo, una especie de supra (o infra) proceso de construcción-constitución-articulación de actores-sujetos, poder y proyecto.

La lucha contra la enajenación, que para abreviar se refiere generalmente a lo económico y a lo político, abarca todos los órdenes de la vida socio-espiritual de las personas en una sociedad dada.

Las revoluciones socialistas realizadas hasta ahora, generalmente y más allá de cualquier señalamiento crítico que se pueda hacer, fueron un intento serio de eliminar la enajenación económica, y en cierta medida, en algunos aspectos, lograron avances respetables. En otros planos, digamos, más en lo cultural social, esta lucha fue apagándose cada vez más en la medida que más se alejaba de lo económico-material. En ello influyeron fuertemente las concepciones mecanicistas automatistas que dejaron, de hecho, toda la transformación del mundo consciente espiritual de las clases y sectores sociales (supuestamente) protagonistas del proceso, digamos, a expensas de la acción (mecánica) de los mecanismos económicos.

En la experiencia cubana, por ejemplo, el período llamado de “institucionalización” que siguió al caracterizado como de “los errores de idealismo” que culminó con el fracaso de la zafra de los diez millones, estuvo fuertemente impregnado de estas concepciones importadas, principalmente por la “copiadera” del modelo socialista esteuropeo. En 1984-85, el Partido Comunista de Cuba inicia un período autocrítico centrado en la “rectificación de errores y tendencias negativas”, entre los que se encontraba, primordialmente, el de las concepciones automatistas de la construcción del socialismo y el

relegamiento del ser humano como centro y motor de la misma. Refiriéndose a este proceso, señaló Darío Machado:

“En la medida en que la aplicación del sistema se alejaba de sus objetivos esenciales, se iba comprometiendo más el desarrollo, cobraban fuerza los vicios tecnocráticos, crecía la tendencia a sustentarlo todo en los mecanismos y en estímulo material, se olvidaba el trabajo con el hombre.

De las deformaciones vinculadas con el desarrollo socioeconómico, quizá la más perniciosa fue la creencia de que los mecanismos lo resolverían todo; se encargarían de indicar automáticamente las direcciones económicas más importantes, de determinar el rumbo.

La absolutización del papel de los mecanismos constituyó la tendencia negativa determinante que condicionó con fuerza un conjunto de deformaciones en el desarrollo del país en todos los órdenes. (...)”¹¹

En declaraciones, el hombre, el ser humano, era el centro de la revolución, pero en los hechos reales, lo era la economía (¿causa?), el conjunto del plan, la planificación y las metas por cumplir; el hombre, los seres humanos “nuevos”, en vez de construirse con protagonismo y participación consciente y creciente en las transformaciones (auto-constitución y autotransformación) serían el “resultado” (¿efecto?) de las transformaciones económicas logradas a partir de la existencia de la propiedad social sobre los medios de producción.

Así las cosas, en el socialismo esteuropeo –baluarte de tal concepción mecanicista-, los resultados saltaron a la vista del mundo junto a las piedras del muro de Berlín. Ni hombres ni mujeres nuevas, ni sistema socialista de producción material y espiritual de la vida social; el estatismo, con las consiguientes estatizaciones incluso de la vida cotidiana y doméstica, lo había invadido todo, tergiversando el postulado originario. Y donde esto se hizo, quizá, más notorio –por ausencia- fue en la participación política de aquellos ciudadanos y ciudadanas. Con mecanismos político-autoritarios, centralistas y verticalistas, basados en un sinfín de argumentos que clausuraban –hoy resulta claro- el más mínimo aporte desde las bases, que no toleraban la más mínima crítica u opinión diferente, se fue ensanchando cada vez más la brecha inicial entre la vanguardia (el partido) y el resto de la ciudadanía, del pueblo socialista, hasta hacerse insalvable.

Así, las decisiones sobre las transformaciones, los pasos a seguir, los esfuerzos a entregar, el proceso revolucionario mismo, poco a poco le fue arrebatado al pueblo de sus manos y de su conciencia. Se produjo un creciente extrañamiento, un alejamiento, un ajenamiento de lo que debió haber sido apropiación. Por ese camino, la alienación política heredada, lejos de disminuir tendió a incrementarse, llegando en algunas realidades del

¹¹. Machado, D., *Nuestro propio Camino, análisis del proceso de rectificación en Cuba*, Editora Política, La Habana, 1993, pág. 33-34.

socialismo real a provocar un quiebre total entre el régimen político, la vida de los dirigentes, y el conjunto del pueblo, sus aspiraciones, anhelos y necesidades. (Por ejemplo, en el caso rumano.)

Situaciones como aquellas deben ser irrepetibles, pero para que lo sean, hay que estar atentos y actuar consecuentemente. Un paso imprescindible es incorporar la lucha contra la enajenación, particularmente contra la enajenación política (de amplio espectro socio-cultural), desde el inicio, en todo el proceso, hacerla –como es- parte fundamental de todo el proceso transformador, uno de los ejes de la transición hacia la sociedad futura, la que se aspira a construir, la que se construye a cada paso, en cada resistencia, en cada lucha y organización social, política, reivindicativa, etcétera.

Para ello, resulta central asumir la democratización, la participación consciente de los distintos sectores y actores sociales en cada etapa del proceso; es ella, o sea, son los actores-sujetos mismos, los que va a marcar –en interacción con las circunstancias socioeconómicas nacionales e internacionales-, la marcha del proceso, el ritmo de la transición.

Democracia y participación popular resultan estructuralmente articuladas a la concepción de construcción de poder desde abajo y a las aspiraciones a un nuevo tipo de sociedad. Están articuladas desde la raíz, desde la génesis de lo nuevo, haciendo a la vez que exigiendo coherencia entre medios y fines. No pueden dejarse tareas para mañana, para un futuro mejor ni para la otra sociedad, tampoco puede relegarse el desarrollo de principios elementales que serán la base sobre la que se irán conformando las nuevas sociedades. Como subraya Víctor De Gennaro, es importante

“(…) construir en los términos de la sociedad nueva que queremos. Que los criterios de unidad, de solidaridad que queremos se empiecen a expresar en lo nuestro. No podemos ir a reclamar democracia a los demás, si cuando estamos organizando el sindicato no somos democráticos. (...) El poder que viene, la ideología del poder que viene, la fuerza del poder que viene tiene que irse construyendo desde hoy.”¹²

Correspondencia entre medios y fines

Ha cambiado, de hecho, la lógica del debate de la construcción, del crecimiento, de la apuesta; no puede esperarse que “la línea” venga de grupos de iluminados, de vanguardias escogidas -vaya a saber por quién-, que ya saben -o algún día lo sabrán- todo. Se necesita la participación de todos (mayorías) para avanzar todos, o no hay ni habrá transformación ni avance real.

La lucha contra la alienación política lleva en su otra cara la articulación de lo reivindicativo y lo político, y la democratización de la participación de los protagonistas en ambos espacios. La democratización es parte del avance y maduración en esa dirección,

¹². Tomado de: *Tiempo de Herejías*, Op. Cit., pág. 113-114.

porque a diferencia del ideal burgués abstracto y genérico -salvo para su clase-, es un reclamo de plenitud de los seres humanos, hombres y mujeres, para ser también ciudadanos y ciudadanas plenos, es decir, para ser también ciudadanos políticos.

Y esto reclama un cambio radical respecto de la mentalidad anterior, que tendió a creer -dogmatismo mediante- que las soluciones venían dadas (en algún manual), o que las cosas iban a ocurrir porque “la vanguardia” así lo decidía y decretaba.¹³ Nunca fue así, pero antes esto no resultaba tan evidente como ahora, cuando el problema es más de índole cultural, y reclama aprehender y aprender -nuevas prácticas mediante- nuevas capacidades para enfrentar la realidad de hoy. Esto tiene que ver con recuperar la confianza en sí mismos y en los demás para cambiar las cosas en una dirección que se defina de conjunto y por los caminos y a los ritmos que ese conjunto decida.

Es bastante frecuente hoy día escuchar hablar de participación popular, de la necesidad de apelar a ella para buscar soluciones estables a los problemas actuales. Por ello, generalmente, cuando se habla de participación se enfatiza en la toma de decisiones y en la participación en la gestión, pero hay que incluir también -y con fuerza diría yo-, la participación popular en el control de los resultados, en el control de todas las gestiones, decisiones e instituciones colectivas, sectoriales, sociales, económicas, o políticas. Porque no pocas veces se habla de control popular y se lo convoca, pero para ser ejercido a partir de determinados niveles que excluyen a las máximas direcciones políticas, institucionales o gubernamentales, que serían, este caso, las que llamarían al control de los de abajo limitándolo a los niveles intermedios y de ahí hacia abajo, con lo cual, la manipulación política de los sectores populares resulta bastante fácil.

El control popular debe ser pleno, auténtico y coherentemente soberano. En caso contrario los procesos futuros de transformación no quedarán exentos de peligros de despotismos, autoritarismos, personalismos, nepotismos, etc. Comenzar desde ya y desde abajo a construir esa nueva cultura de responsabilidad colectiva, es parte importante de la lucha contra la enajenación político-social de quienes serán los nuevos hombres y las nuevas mujeres. En calidad de tal, el control popular resulta también un componente fundamental a incluir en el proceso (integral) de construcción del nuevo poder desde abajo.

No hay recetas y, como dije, tampoco hay garantías, pero es la única posibilidad de avanzar, de transformar.

Hay que correr el riesgo so pena de -en caso contrario- ser tragados por el sistema.

¹³. En un trabajo reflexivo acerca del formalismo en la labor político-partidaria del PCC, Darío Machado denominó a manifestaciones de esta naturaleza, “Síndrome del Olimpo”. Señaló: “Esto se relaciona con otro fenómeno que llamo ‘Síndrome del Olimpo’ y que consiste en pensar que lo que está orientado ‘de arriba’ es suficiente para lograr los resultados esperados.” Ver: “Reflexiones en torno al formalismo”, *El militante comunista*, Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, julio 1988, pág. 26.

III. HACIA UN NUEVO TPO DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA (SOCIOPOLÍTICA)

Los nuevos enfoques y conceptos, las nuevas lógicas que dan cuenta de los cambios,

nada tienen que ver –como algunos pretender hacer ver-, con desconocer la necesidad de dirección de los procesos sociales o diluir la necesidad de construir instancias colectivas de dirección, de conducción del proceso socio-transformador. Sin dirección no hay transformación; hay círculo vicioso, desgaste y derrota permanente; pero la dirección, por el solo hecho de querer serlo, no garantiza llegar a mejores resultados; hay que construirla y esto es parte del proceso colectivo y de protagonismo creciente de los diferentes actores sociopolíticos.

No hay vanguardias determinadas *a priori* por “gracia divina”.¹⁵ De ahí que sea importante también atender a *cómo* esta dirección colectiva se va construyendo y ejerciendo en las prácticas actuales de resistencia, lucha y acumulación, cómo se lleva a cabo la articulación multisectorial, sobre qué bases concretas, preocupándose por construir en los niveles de dirección político-social que se vayan logrando, formas y vías democráticas y participativas colegiadas, plurales y abiertas a la vida y al protagonismo real y creciente de los diversos actores sujetos de las transformaciones.

Y esto reclama también resignificaciones en la concepción de la unidad, supone atender a las nuevas dimensiones que hoy le imprime a la misma la diversidad de actores, de identidades, de problemáticas, enriqueciéndola y proyectándola hacia nuevas figuras y modos de organización sociales, políticas, culturales e ideológicas. Lo cual, es clave de tener en cuenta en el terreno del amplio movimiento de construcción –que algunos han denominado– del nuevo pensamiento para la transformación social. Esto es en gran medida aún, parte de los desafíos.

IV. INSTALAR OTRO IMAGINARIO SOCIAL

Sobre la base de valores como la solidaridad social e individual, el construir y vivir en una sociedad (y un mundo) sin sectores desamparados o excluidos, sin relaciones discriminatorias y discriminantes, sobre la base de equidad, igualdad de oportunidades y justicia social, etc., es importante ir definiendo colectivamente, y como parte sustantiva del proceso de resistencia-lucha-transformación, cuál es el imaginario de sociedad, de país, que se quiere construir, el que va a guiar el proceso transformador-constructor, o sea, saber para qué se hace todo lo que se hace.

Es necesario instalar otro imaginario social, que no voy a llamar paradigma porque es mucho más que eso, exige más y supone más. Hasta hace poco, ese imaginario se resumía en el socialismo, y puede ser que coincidamos en que hoy también se resume en él,

¹⁵. Esto significa, por ejemplo, que en vez de formas piramidales y subordinantes de arriba hacia abajo, como instancias y formas de organización y conducción políticas, se abra paso lo multisectorial, lo multidisciplinario, lo plural articulado y potenciado en una unidad colectiva, también de nuevo tipo (que no supone ni reclama unicidad), levantada sobre nuevas bases. Una unidad que en vez de excluir articula, que en vez de restar abre espacios para fortalecer la construcción de ese actor colectivo en su proceso de constitución en sujeto popular.

pero en cualquier caso, es importante resignificarlo, darle un contenido concreto y vigente hoy para nuestro pueblo, que rescate los valores y aportes positivos y, a la vez, supere o se proponga caminos para superar las deficiencias detectadas en el terreno de la democracia popular, de la participación social e individual, de la búsqueda siempre creciente de nuevas vías y alternativas, culturales, de pensamiento, de creación y construcción política, social, cultural, etc., es decir, atendiendo a que la propuesta socialista contemple no solo el esqueleto de lo que se quiere, sino que también tenga carne, rostro, ojos y corazón, sobre todo esto último, porque amor, alegría y fe son componentes indispensables para plantearse y emprender la transformación-construcción de lo nuevo. Como afirma Víctor de Gennaro:

“(…) no basta solo con abrir la cabeza, es necesario también abrir el corazón. No se trata solamente de abrir la cabeza en la forma; hay que abrir el corazón en serio a la perspectiva de entender que nosotros somos gracias a los otros. Y hay que abrir las fuerzas organizativas que tenemos, abrir los espacios, no ser sectarios, entender que hay que volver a tener confianza en el otro, en la capacidad de construir y de organizarse, y abrirse a organizaciones diferentes. Y para esto, no alcanza con la apertura de cabeza, hay que abrir en serio el corazón.”¹⁶

V. CONSTRUIR UNA NUEVA MÍSTICA

Lo anterior se articula con el tema de la mística, de los afectos, de la solidaridad... elementos que no resultan poca cosa en momentos en que cada ser humano trata de ser forzado por el mercado –y en cierta medida lo es- a ver en el otro un competidor, un rival o un posible enemigo que busca arrebatarle su puesto de trabajo, al que –por consiguiente- debe destruir para sobrevivir individualmente.

¿Hay mística hoy?, ¿dónde está? La mística está aquí, entre nosotros, en nosotros mismos. Y tenemos que ser capaces de crearla a partir de estas condiciones, hay que crear otro tipo de relaciones, tomando en cuenta que la mística de hoy no va a ser nunca la del 70; aquella era propia de su época; hoy tendremos la que podamos generar y construir hoy; la que reclaman y permiten los tiempos actuales, el nuevo tiempo que estamos viviendo y construyendo colectivamente. Estamos obligados a desarrollarnos en este momento concreto, pero eso no impide practicar la solidaridad, estar alegres en momentos de encuentro con el o los otros, hacer de las actividades de encuentros colectivos momentos de fiesta, de alegría... Hablar de felicidad, dar solidaridad, demostrar los afectos, es una forma de construir la mística, de ir desarrollando una nueva mística, la de hoy.

Y esto –como otras cosas- no va a “venir de arriba”; no vivimos tiempos en los que –acertados o equivocados-, todo estaba clarito, o al menos eso era lo que se creía: íbamos al socialismo (que ya estaba bien definido), y nuestros líderes eran tales, tales y tales, y quien no lo entendía así era porque tenía “problemas ideológicos”. Hoy nos toca vivir en una especie de tembladeral, caracterizado por la incertidumbre, y esto es complejo para todos,

¹⁶. Tomado de *Tiempo de herejías*, Op. Cit., pág., 101.

más para los jóvenes. El joven siempre se afianza con definiciones, madura con definiciones, no le damos definiciones y, ¿qué pretendemos?, ¿qué no esté en crisis?, ¿qué no dude? Creo que en vez de asustarnos o lamentarnos por esta situación, tenemos que entender su realidad, ver en la duda una posibilidad de transformación de las supuestas verdades implantadas por el neoliberalismo, asumir esto con la confianza en que es posible un mundo diferente, en que la salida existe y, en vez de una, son muchas, variadas, diversas, y abiertas al desarrollo futuro de la humanidad.

** *** **

Asumiendo la centralidad que la noción de proceso y la nueva consideración de la transición tienen en la concepción del poder desde abajo, sin negar las rupturas, ni los saltos -que se pueden producir y se producen en todo proceso-, esta concepción enfatiza y se basa en la articulación, el tendido de puentes, la construcción de redes y nodos de articulación, en lo social, en lo político, en lo sociopolítico, en lo económico-social, en lo cultural, entre los sectores sociales y sus problemáticas, entre los actores sociales y sus expresiones organizativas, entre lo político y lo reivindicativo, entre lo cotidiano y lo trascendente, entre lo local y lo nacional, entre lo micro y lo macro, entre el territorio y la ciudad, entre la exclusión y el sistema, entre los excluidos y los incluidos y entre las formas de inclusión y exclusión, entre lo nacional y lo internacional...

Los nexos, las mediaciones, las formas de articulación, conexión, tendido de puentes y armado de redes, tienen en esta concepción una significación de primera línea. Siempre la tuvieron, dado que los eslabones mediadores tipifican todo movimiento y relación dialéctica, pero estaban como relegadas, esquematizadas o eran desconocidas por la anterior estrategia de poder a la que le correspondía un tipo de mentalidad antinómica de todo o nada, de ser o no ser; hoy pasan a un primer plano y reclaman una re-significación.

De ahí la importancia práctica y proyectiva, digamos, de un debate filosófico-social acerca de la dialéctica y las antinomias, acerca de la vieja mentalidad y la nueva. Y de ahí también, la necesidad de superar el modo antinómico de pensar y actuar.?